

**Hebe Uhart, Pedro Mairal y Juan José Becerra**

---

**Selección de textos escritos especialmente para  
nuestros Festivales Filba.**



**FILBA**  
FUN  
DA  
CION

# Conferencia inaugural.

## Filba Nacional Santa Fe, 2013

### De vuelta a Santa Fe por Hebe Uhart

He venido muchas veces a Santa Fe y siempre me alegro cuando paso por San Lorenzo, después aparecen los bañados, Santo Tomé y cuando veo el puerto digo “Ya llegué”. He pasado como dos veranos en ella y muchas veces fui en invierno y asistí a los encuentros literarios-festivos que organizaba el escritor Enrique Butti, gran recitador y gran bailarín. Se llamaban “Fanny 1” y “Fanny segundo” en homenaje a la empleada de Borges. Ahí se leían textos, se cantaba y se bailaba. Se hicieron en un predio destinado a los entrenamientos de jugadores de futbol, había un tanque australiano donde los más audaces atravesaban un área tórrida y se bañaban. Dormíamos en lugar muy alargado, las mujeres de un lado y los hombres al fondo, como corresponde. Una poeta de Salta llegó a la noche y se acomodó silenciosa entre las mujeres pero un delegado, creo que de Santiago, vino a los tumbos con una valija ruidosa al lugar de las mujeres y se deshizo en perdones. A la mañana siguiente, con esa capacidad de reinar sobre el ambiente y permanecer iguales a sí mismas de las mujeres, íbamos al baño que quedaba afuera y lejos, orgullosas y altivas con una bombachita escondida y el cepillo de dientes, pasando frente a unos poetas sentados al borde de la gramilla que se ve habían escanciado toda la noche, y hablaban de Nietzsche y Ezra Pound.

Pero eso fue hace muchos años. Ahora veo con satisfacción, por la información que me envía la Universidad del Litoral que desarrollan actividades de todo tipo, teatro, exposiciones, presentaciones de libros. Me alegro de veras. Pero me sigo preguntando porqué me gusta Santa Fe, aparte de los encuentros festivos. Me gusta porque está abierta a todos los puntos cardinales. Al este, a Paraná. Una vez estuve en Diamante y había una señora que me dijo: “Estoy sentada a favor del río”. Esperaba sentada hasta la noche para ver las luces de Coronda, Sta Fe y las estrellas. Me dijo “viera cómo loquean

las estrellas”. Que no es lo mismo que decir cómo brillan o titilan. Y de este lado, en una fiesta en una quinta, vi la otra orilla del río y pregunté ¿qué son esas luces? Y ella dijo “Eso es Paraná”. Y también está abierta a Córdoba, y hacia el norte, y hacia Buenos Aires, ya en Santa Fe el pasto cambia su tono de verde y el calor prefigura el trópico, el norte. Todo esto se me presenta como un conjunto armonioso, abarcable, mientras que el Río de la Plata se me figura un abismo que me precipita al océano.

Toda esta tierra está surcada por el intercambio de caballos; en 1800, Santa Fe proveía de mulas al Alto Perú; poco después encabeza la liga del litoral con propósitos constituyentes. Halperin Donghi dice que en las tierras situadas en el límite de Rosario con Buenos Aires, en 1852, había más venados que vacas. Diez años después, Rosario era una ciudad europea. De la nada, de ser una posta de carretas, Rosario se convierte en gran ciudad, con todas las comodidades. (Se decía el Rosario, el Pergamino).

Pero de la Santa Fe de ahora hay varias cosas que me intrigan y a lo mejor después me cuentan. Cómo es que pobladores de sectores medios, no personas carenciadas, viven junto al río y aunque se les haya inundado diez veces la casa, no se mudan. Segunda intriga: Muchas personas, pasada cierta edad se retiran en sus casas y no salen a la calle, como si hubieran hecho un voto de encierro. O se van a Rincón. Y tercera intriga: cómo es que siendo la población blanca del mismo origen racial que la de Buenos Aires, tienen más aspecto de europeos que los porteños. He visto muchas veces por la calle caras parecidas a las de los colonos, anchas y rozagantes, a las que les falta solo la patilla cercana a la oreja, como se ve en los retratos de sus ancestros.

Entrando en materia y ya que hablamos del río, del pasto y de los caballos, me gustaría recordar a un escritor local que a mí me gusta mucho y que considero olvidado, Gudiño Kramer. Ofrece a mi juicio un registro amplio y fino del mundo campero, suburbano y fluvial, es de la primera mitad del siglo veinte, contemporáneo del uruguayo Juan José Morosoli, gran escritor. Buenos Aires los ignora a los dos porque desconfía del cuento campero, muchas veces con razón. ¿Por qué? Porque en esos cuentos el canoero siempre canoa, el labrador no hace más que sembrar y el hachero ídem. Pero en estos casos que cito, los escritores entran en particularidades y creo que los detalles son propios de la buena literatura. G. Kramer crea un mundo de indios, criollos, entrerrianos, uruguayos, polacos que trabajan afirmando bulones en el río. Hay también curanderos, carnavales, donde los indios de los suburbios juntan serpentinas para hacer colchones y con los pomos plumadas para pescar. Aparece el club social de un pueblo con exigencias de vestimenta. No se podía entrar con bombachas y botas y los que no eran habitués del club temían entrar porque el piso era muy resbaloso (encerado). Aparecen las cajas de bombones (Todos sabían que eran viejos) que regalaban los enamorados y las novias usaban como costurero. Todos sabían que eran viejos pero valía la intención. Y uno imagina esas polvorientas confiterías dejadas de la mano de Dios. Aparece Don Goyo, que había clasificado a los lobisones en cuatro clases, el croto que se afinca en un lugar y forma familia, don Cándido que hace primorosas monturitas para nenes. Lo primero que me llama la atención de G. Kramer es que sabe poner bien los nombres a los personajes y lugares. Un barrio que se llama “Malabrigo”, otro “Caballú Cuatía”. Un caballo, “Corazón”. Y las personas “Tolentino”, “Jovino”, “Edelgisto”, “don Marte”, “don Marciano”.

A mí un escritor que ha puesto un buen nombre al personaje me da buena espina. Es que ha atendido al personaje, se ha tomado un trabajo y además el nombre le marca un rumbo. Y eso es lo que necesita un escritor: aprender a atender, a mirar y a escuchar, porque el trabajo del escritor no está en el acto de escribir, sino en toda una tarea previa de tener entrenada la mirada, el oído y la atención, para llegar finalmente a un determinado producto. Para eso debo tener sentido del detalle. Flannery O' Connor dice "Una gran parte de los escritores jóvenes obvian los detalles y las particularidades ya sea porque son demasiado vagos (con la acepción corriente nuestra de vago) o presumidos como para entrar en minucias". Es por eso que el principiante no se detiene en colocar un nombre adecuado al personaje, se considera por encima de esa tarea, cree que está para cosas mayores, como mostrar sus ideas, o mostrar que linda manito que tengo yo para escribir. Entonces cae en la idealización del personaje, como la del canoero que siempre canoa. Es también el caso de los abuelos que quieren escribir la historia de los abuelos para contarles a los nietos, según una idea abstracta de cómo debe ser un abuelo o cómo me gustaría que fuera. Y toda idealización es una mala forma de distancia. Si digo que fue un ciudadano probo, correcto, buen padre, es insuficiente, pero si añado que en sus ratos libres jugaba con trencitos, ya tengo algo mejor. Si digo que la abuela era linda, prudente y servicial, es poco, pero si añado que tenía la costumbre de rascarse sin parar, añado algo. Desde la tragedia griega, todo cuento empieza con un pero (Prometeo, Ajax, Antígona). Chejov, en su libro Cuaderno de notas dedica casi la mitad de las mismas a contar algo con un pero. Ejemplos: "Cuanto resquemor nos causa la sola idea de robar el dinero de nuestro padre, pero tomarlo de la caja... eso es perfectamente posible". Otro: "Ella es malvada, pero enseña a sus hijos a hacer el bien". De nuevo: "Ella es malvada, pero enseña a sus hijos a hacer el bien".

Otro: “Lo he amado y no se lo perdono”. Otro: “Muy pronto rematarán la propiedad, la pobreza de cada rincón salta a los ojos, pero los lacayos siguen vestidos como bufones”.

Flannery O’ Connor dice: “Los cuentos escritos por principiantes suelen estar preñados de emoción, pero ¿de quién es esa emoción?, no se sabe” En realidad sí se sabe, es la emoción del autor, pero es una emoción cruda, no elaborada propia del principiante que ve el mundo como le gustaría que fuera o como cree que deba ser. Hay, cuando nos ponemos a escribir, un montón de elementos del para texto o circundantes al proceso, que todos tenemos pero que no hay porqué escribir, porque son una intromisión en la historia. Por ejemplo, sentimientos de melancolía por la propia infancia. Y además la abstracción simplificadora de la palabra “infancia” que me impide atender a lo concreto. Una cosa son los cinco, otra los siete, etc. Despejar un hecho o situación que voy a describir y colocarlo fuera de consideraciones de mi vibración epidérmica o de mi yo inmediato, me lleva a atender a lo contado, a los personajes, de lo contrario voy a poner emociones más al personaje. Pero para atender hay que aprender ¿A qué? A esperar, básicamente a soportarse a uno mismo, a no impacientarse, a no querer terminar pronto, a no decir “ma sí” y poner una palabra por otra cuando no estoy del todo convencido de que sea la adecuada. A propósito de esto, Simone Weil dice: “Una dificultad es un sol”. Cuando el escritor se cansa del personaje, dice: “Ma, sí, me tiene harto”, “Ma si, yo lo mato” (O lo jubilo o lo divorcio o lo hago ir a Europa). Esta intromisión arbitraria del escritor es porque no se aguanta a sí mismo en relación a su texto.

Pero vuelvo a Gudiño Kramer. En su libro Señales en el viento aparecen también

personajes urbanos, generalmente pequeña burguesía de la ciudad de Santa Fe. Los cuentos con tema urbano no son tan buenos como los de personajes rurales suburbanos o los de habitantes costeros; cuando habla de otros sectores sociales que no son el suyo y con los que supongo tendría intercambio social cotidiano, su mirada se enturbia ¿Por qué? Aquí sus textos están atravesados por su ideología. Hace aparecer muchas veces a esa pequeña burguesía como mezquina, hace juicios de valor, no le gusta mucho lo que ve, seguro que estaba pensando en cómo debería ser esa gente. Entonces no es una mirada decantada. Me vienen a la memoria los comienzos de “Por los tiempos de Clemente Colling” de Felisberto Hernández. Allí él observa cómo se han loteado unas quintas del barrio del Prado, en Montevideo. En una de ellas había una escalinata con unos jarrones simétricamente dispuestos, unos árboles espaciados. Es decir, un conjunto discernible desde un golpe de vista, armonioso y placentero. Al lotearse, todo quedó dividido en pequeños sucuchos, irregulares, difíciles de entender y de abarcar. Lo que ve le produce irritación, esa nueva realidad incomprensible venía a reemplazar a su quinta querida, de su escalera bajaba una señora con vestido largo. Entonces se dice (cito de memoria) “No voy a permitir que mis ojos miren malhumorados este nuevo paisaje”.

Las preguntas que se les suele hacer a un escritor sobre si escribe con lápiz de carpintero o con la computadora, si de noche o por la mañana, con rituales o sin ellos son inoperantes y revelan la idealización del escritor. ¿Por qué no preguntan a qué hora almuerza, o si va al baño una o dos veces por día, o si tiene los impuestos al día? Hay una más curiosa: ¿Desde cuándo se siente escritor? Como si ser escritor fuera producto de una iluminación divina. Y si de algo estoy segura es que es mejor que el que escribe no se sienta escritor porque además de que tiene muchos otros roles,

comprador, integrante de consorcio, etc, inflar el rol conspira contra el producto obtenido porque la vanidad aparta al que escribe de la atención necesaria para seguir a su personaje o situación. Esto es lo que Simone Weil denomina humildad intelectual, que es la atención, la capacidad de salirse fuera de si mismo. Dice (cito de memoria) “El virtuosismo en todo arte consiste en la capacidad de salirse de sí mismo”. K. Mansfield dice en su diario: “Por qué será que cuando escribo algo bien me pavoneo y lo que escribo a continuación me sale mal?” Y es porque la vanidad me coloca en otro plano.

El otro día estaba mirando por Incaa TV la vida de Haroldo Conti. El dijo: “Entre la literatura y la vida, elijo la vida”. Yo no entiendo a la literatura y a la vida planteadas en dicotomía. Para mí, todo lo que sirve para la literatura sirve también para la vida. Por ejemplo: Para escribir hay que estar a media rienda, si estoy demasiado eufórico me saldrá algo que parece hecho por un borracho o drogado, si estoy muy deprimido veré el mundo tan negro que nada valdrá la pena, un estado de depresión me impide mirar nada. Aprender a convivir con uno mismo sirve no solo a la literatura, sino también a la vida y también aprender a vencer una dificultad, sea no encontrar una palabra adecuada o el mejor modo de tratar al perro.

Empeñarse en dar lo mejor de uno mismo también sirve para las dos. A veces uno vive por debajo de su propio nivel y se siente raro y desconcertado. Yo recuerdo que como a los diez años me mandaban repasar los muebles, no me gustaba, nunca me gustaron las tareas domésticas de reparación porque no lucen, entonces yo limpiaba así nomás, la mesa tenía un vidrio que jamás levantaba porque me parecía desagradable su peso y no entendía su función, debajo de la mesa que tenía unas patas había un misterio

oscuro y pelusiento. Entonces yo hacía un repaso superficial, pero después me sentía una impostora, ese sentimiento iba acompañado por una conciencia difusa de mi escaso valor como persona y es porque no era capaz de rebelarme ni de someterme. A veces uno se siente escribiendo o viviendo por debajo de algo mejor posible y se siente en falta.

Y en cuanto a la vanidad, tampoco ayuda en la vida. Yo, que tengo poca capacidad tecnológica y que cuando aprendo una cosa ya viene otra que debo incorporar, pago las expensas en el cajero automático. Aprendí a hacerlo, pero justo en el penúltimo movimiento me digo “Qué bien, cómo sé, que maravilla”. Y me olvido de poner el recibo dentro del sobre.

---

# Lectura.

## Bitácora del Filba Nacional, Azul 2014

### Por Pedro Mairal

Me llevan a la Trapa, un monasterio donde me han dicho que los monjes se autofinancian, cultivan su comida, elaboran su propio vino y sobre todo hacen voto de silencio. Me recomendaron que compre ese vino y dulce y un licor muy bueno. Vamos en combi desde la ciudad de Azul. Por el camino veo un cartel que dice Zona militar, prohibido estacionar o detenerse. Es el Arsenal Naval Azopardo, donde estuvo presa Isabel Perón tras el golpe del 76. Vamos por la planicie entre maizales crocantes, listos para la cosecha de abril. Los camiones repletos de toneladas de semillas nos peinan a contramano.

Bajo un rato la cabeza para anotar estas cosas y cuando vuelvo a mirar estamos en otra geografía. Vamos entre piedras y un principio de montaña. ¿Cuándo pasamos de la pampa plana a esto? Hubo un salto en la continuidad. Entramos en el monasterio trapense por un largo camino de eucaliptus que sube hasta la cima de una sierra. En el estacionamiento hay un cartel: El monasterio es un lugar de oración. Ayúdenos a mantener un ambiente de paz y silencio. Nos recibe el hermano Maximiliano. Un chico sonriente con anteojos y hábito marrón con cinturón de cuero. El plan es dejarnos al poeta Roberto Glorioso y a mí en el monasterio hasta la noche. Los organizadores nos despiden con un abrazo como si fuéramos a ordenarnos. Vamos a la iglesia, al primer oficio.

Pasamos por dos grandes puertas que no hacen ni un solo ruidito. Las bisagras están ultra aceitadas y, según noto después, tienen unos cierra puertas neumáticos alemanes muy buenos que evitan el portazo. Un cartel dice: Por favor guarde silencio y escuche a Dios. La iglesia es imitación medieval pero de ladrillo y con grandes vigas de madera a la

vista. Al fondo, un vitral de la Virgen. Los monjes en los coros laterales. Con nosotros, en los bancos de los fieles, hay cuatro monjas de hábito negro. No están sentadas juntas sino en formación aeronáutica.

Los monjes cantan sus salmos y callan. Finalmente se hace silencio. Escucho a Dios: suena como un amplificador encendido. De hecho hay un amplificador encendido. Una vibración eléctrica en el aire. Detrás el zureo de las palomas. En seguida noto nuestra incapacidad para hacer silencio. Roberto y yo, los únicos visitantes, sonamos incluso cuando estamos casi inmóviles. Nuestras camperas inflamables de 100% nylon y polyester suenan como Robocop cada vez que nos rascamos la nariz. Roberto saca un pañuelo de papel y el plástico del paquetito es el protagonista absoluto del instante. La ropa de algodón de los monjes no suena, aunque las suelas de goma de sus zapatillas un poco sí.

Almorzamos solos en un comedor de la portería al que llaman locutorio. Ahí dentro se puede hablar en voz baja. Sopa de zapallo, vino, ensalada y arroz. Los puros alimentos cultivados in situ. El vino episcopal. La vajilla es de plástico rojo. Le pregunto al hermano cómo hacen el vino. No hacemos el vino. ¿Pero cultivan verduras, zapallos? Tampoco. Es todo comprado. Nos cuenta que cultivan soja y maíz porque es mucho más favorable económicamente. Hago un esfuerzo y el vino de damajuana me sigue pareciendo bueno.

Salgo a caminar solo. Quiero rodear el monasterio pero no se puede. Leo 14 veces la frase “No pasar” en cartelitos de todos los tamaños. De la entrada de la iglesia y la

portería salen hacia los costados dos alambrados tensos con alambre de púa arriba. Simulan ser alambrados para contener animales pero son para contener turistas. Después noto que más adelante el alambrado tiene un segundo alambre eléctrico un poco por detrás y carteles de Peligro con dibujos de rayos. Hay estrategias de silencio y estrategias de clausura. Alambrados, puertas con candado y llave, ligustros muy tupidos por donde no pasan ni los perros, y carteles verdes prolijos en letra de imprenta: Clausura, prohibida la entrada de vehículos y peatones. Monasterio trapense, lugar de silencio y oración. Pinar, ayúdenos a preservar el clima de oración. No es lugar para picnic, ni tomar sol, ni jugar a la pelota. Gracias. Pinar, este lugar forma parte del ambiente religioso del monasterio. Prohibido el acceso a vehículos, excepto con ancianos impedidos.

Basta que me digan que no puedo pasar para que me den unas ganas locas de saltar el alambrado. Yo podría recorrer todo en silencio total, podría no molestar. Mi cuerpo deambula buscando un hueco. Imposible. La oveja siempre queda dentro de los límites. Quiero ver la espalda de esto. El culo. Me empieza a agarrar bronca. La visita al monasterio trapense es la visita a la iglesia y al estacionamiento. Una prolijidad militar me empieza a poner nervioso. La grava. La poda. Las áreas restringidas.

A las 2 voy a otro oficio cantado. Un monje bosteza mucho. Me fijo cómo funciona ahora el intento de reducir al prójimo a su mínima expresión. No hay muecas, ni risas, ni llantos, ni comentarios. Son los extremistas del silencio. Salvo por los salmos. Si un monje es desentonado, ¿lo excomulgan, lo echan de la congregación? Ahora cantan: “Señor, recubre mi cabeza en el momento del combate. No satisfagas los deseos del

malvado. Que se acumulen sobre ellos carbones encendidos, que caigan en lo profundo y no puedan levantarse. Que los difamadores no estén seguros en la tierra y la desgracia persiga a muerte al violento”. Copio estas líneas textuales del breviario. La salmodia es uniforme. No hay segundas voces. Hay tecladista de órgano sintetizado.

Terminan. Quedan las cuatro mojas en los bancos y un monje en el coro, sentado, orando. Ahora sí hay silencio. Por los vitrales se cuele una luz amarilla, oblicua. Y de golpe entran ellos. Los oigo primero. Susurran a los gritos. Sacan fotos con ese clic de obturador grabado de los celulares. Berta, Berta, grita uno en voz baja, Berta, sacale al techo, que no te vean. Quiero ver qué es ese ruido. Son tres parejas de motoqueros sesentones con ropa de Angeles del Infierno. Pantalones y camperas de cuero que crujen con cada paso, chillan en el roce, como una academia de globología en hora pico. Una de las monjitas sale del trance y se da vuelta espantada. Esto es cierto. Sucedió el 11 de abril del año 2014 a las 2:15 pm en el monasterio trapense Nuestra Señora de los Ángeles. Roberto Glorioso es testigo. Afuera los Ángeles del Infierno me piden que les saque fotos posando cada uno con su Harley Davidson y con el monasterio detrás.

Algo en mí ya se empieza a retorcer. Salgo por el camino. Hay sol y pasan lentas por el aire las telarañas. Las llaman babas del diablo. Los ángeles del infierno, las babas del diablo. Es eso. La verdad que no soy nada sin mi diablo, cantan los Babasónicos. A mí, al Señor de abajo, el que se hace el Whitman diciendo que contiene multitudes, a mí, que soy Legión, me vienen a someter a 8 horas de monasterio. En las arenas bailan los remolinos de mi demonio de Tasmania. Los alambres contienen a la bestia. La bestia turista. El turismo es pecado, dice Herzog y tiene razón.

Quiero sentarme en una piedra. No se puede. Quiero caminar por la sierra. No se puede. Quiero verle el culo a la piedra. Pasa una mariposa color durazno. Y otra. Y otra. Pasa una gata peluda por las piedritas del camino. Quiero verle el culo a Dios. Pasa una mariposa blanca. ¿No ves que Dios está en todas partes, hijo mío? ¿No escuchas acaso el viento entre los árboles? Sí, pero quiero ver detrás de Dios. Quiero mirar el sol sin quedar ciego.

Llego a la ruta. Pienso en irme caminando hacia Azul. Que me encuentre la combi cuando nos venga a buscar. Hacerme el misterioso, el anacoreta que viaja a pie. Pero por ahí no me ven y alarmo a todos y me congelo en la ruta de noche. Me quiero ir de acá. ¿Por qué la bronca? ¿Qué te pasa? Hace casi 10 años que mi madre está en silencio. Su cerebro está en silencio. No sé dónde está. Le tengo rabia al silencio por lo mucho que perdí, dice Atahulapa, que no se quede callado quien quiera vivir feliz.

Vuelvo. Ya cae la noche. Estoy cansado. Quiero un dios que tenga culo. Los perros de la Trapa no ladran, me hace notar Roberto. Vemos el cielo rojo. Tomamos un té y entramos para el último oficio. Éste es a oscuras y es el más largo. Los monjes se congregan frente al vitral de la Virgen. Le cantan. Yo tenía hace tiempo una estampita de la Virgen Desatanudos con una errata. Decía, “Madre, desata los mudos”, con eme. La virgen de la errata. La Virgen Desata Mudos. Yo no quiero enmudecer como mi madre. Quiero decir y cantar. Podría creer en la Virgen, no en dios que me parece muy abstracto. El vitral de la Virgen es alto y rosado y amarillo. La Virgen sostiene a su hijo con un brazo y en la otra mano sostiene una luz o una flor. Los cánticos se elevan hacia ella. ¿Alguien sabe adónde está mi mamá?

**Bitácora.**

**Filba Nacional, Mar del Plata 2015**

**Obra y arte de Havanna, por Juan José Becerra  
a Rafael Cippolini**

El artículo 761 bis del Anexo I del Código Alimentario Argentino sancionado por la Ley 18.284 de 1971 dice: “Se entiende por alfajor el producto constituido por dos o más galletitas, galletas o masas horneadas, adheridas entre sí por productos, tales como mermeladas, jaleas, dulces u otras sustancias o mezclas de sustancias alimenticias de uso permitido. Podrán estar revestidos parcial o totalmente por coberturas, o baños de repostería u otras sustancias y contener frutas secas enteras o partidas, coco rallado o adornos cuyos constituyentes se encuentren admitidos en el presente Código”.

No nos dice nada de la forma, lo que sugiere que se permiten todas, abriendo un momento de crisis formal que ya fue resuelto. Los fabricantes fueron a lo seguro, es decir a los cuerpos de la geometría clásica: el cilindro y el prisma rectangular. Desde su origen, que es anterior en varios siglos a la ley que define su materia prima, el alfajor buscó su perfección en el clasicismo. En el clasicismo y en el miniaturismo, y también en el narcisismo, porque un alfajor ¿qué es sino una torta para uno solo, una torta blindada e incapaz de abrirse a la distribución cooperativista o a la concesión? Un alfajor es una dosis indivisible, un cuerpo sellado, una cápsula. No hay que confundirse: bajo su aspecto de porción late la totalidad. Salvo un adoquín o un ladrillo macizo, no hay nada más concreto que un alfajor.

En la Argentina se venden 2.200 millones de alfajores por año, a un promedio de 55 por persona. La frecuencia va en necesidad y gustos. Uno por semana sería la variedad homeopática de un consumo sano. Pero es difícil. Desde que empecé a escribir estos recuerdos ya comí dos, los dos blancos de la fábrica Havanna, donde estuve hace tres días cumpliendo el sueño imposible de entrar a un lugar con todas las ilusiones y salir

mareado de satisfacción. ¿Y ahora qué? ¿Cómo voy a hacer para bajar de esa experiencia, al mismo tiempo lujosa y ascética, de haber incursionado en el interior profundo del mito?

Las chimeneas mezclan sus olores en el ambiente, donde no sobrevive la identidad de ninguno, y forman un gas inédito con esporas de dulces y harinas. No faltará mucho para que los skaters de Mar del Plata se reúnan en la puerta de la fábrica para fumarlo en ranchadas. Entretanto soy el joven Werther en avenida Constitución, esperando conocer aquello que vengo amando con tanta plenitud que la hostilidad de la frontera en que nos detienen me cae muy pero muy bien. Es la hostilidad de la excelencia. Vamos a pasar, por supuesto, pero lo haremos como el cirujano que va a operar a un presidente, ajustando todos los recaudos de la asepsia, esa bioparanoia por la que terminamos disfrazados con guardapolvos, cofias y barbijos.

Somos una partícula extraña en un reino que sólo acepta la combinación de purezas. Un miligramo de polvo que se filtre en la línea de montaje es suficiente para detener el mundo. La jefa de control de calidad de la planta, María Lamatina, prueba la eficacia del sistema. Apoya una insignificancia metálica en la cinta sinfín que transporta las tapas de alfajor, se oye un breve golpe de sirena, se detiene la cinta y se abre un pozo de Alicia por donde caen las quince o veinte unidades sospechosas. Es el momento policial del just in time que ya quisieran vivir los comisarios de todo el mundo, porque lo que se detecta es el delito en su fase flagrante y con la bendición de atrapar al ladrón con sólo estirar la mano.

La ronda dura dos horas de éxtasis y no me dan ganas de divulgar sus detalles sino

de atesorarlos en un silencio interior para soltarlos cada tanto como haikus del rubro repostería:

El oro y la plata/de los envoltorios/cubren el manjar;

El horno templado/el alma oscura/del chocolate;

Clavarme a lo bestia/con gran egofilia/este Havannete.

Estoy acá por un secreto y ninguna maravilla me distrae hasta llegar a él. En una sala de máquinas un repostero está haciendo ese secreto: el merengue italiano que cubre el alfajor blanco. Una batidora gigante hace girar el merengue en un bowl de acero de unos sesenta litros. La mano de obra (la mano de obra de arte, para ser precisos con la experiencia) vuelca constantemente en el interior del merengue una jarra con almíbar. El ritmo con que lo hace es, sin dudas, una escritura que no se puede emular, una naturaleza indescifrable pero visible que se filtra en los intersticios de esa máquina insensible llena de poleas, llaves térmicas y palancas que llamamos fábrica.

Pero afuera de este milagro ocurre otro que es aún mejor porque, además de manifestarse como la realidad de un teatro imposible, yo ya lo había visto en mi imaginación. Es una escena importada del pasado mítico e iconográfico de la Revolución Industrial. Hay unas treinta mujeres sentadas a un lado y otro de una cinta sinfín, de espaldas a la corriente que trae los alfajores todavía sin cobertura. Dos palabras para este paisaje: río, camalotes.

Las mujeres estiran una mano sin mirar y levantan el alfajor; en la otra tienen una espátula con la que lo cubren y vuelven a dejarlo en su lugar en una maniobra que tiene

la velocidad de la luz. Y allí van los alfajores blancos rumbo al horno en busca de la consistencia mate del yeso que los convertirá en algo más que alfajores: los convertirá en esculturas, es decir en lo que son y en lo que representan.

Me curo de la resaca de placer en la pileta del Hotel Provincial. Sobre una pared hay una foto gigante de la costa que reproduce la zona del centro. Desde un punto de vista marítimo esa es la fachada de la ciudad. En la cordillera de edificios se destacan los bloques de Bustillo y la torre Demetrio Elíades, conocida vulgarmente como Edificio Havanna y reconocible por sus líneas racionalistas que nada tienen que envidiarle a las de un alfajor. Pero debe haber algún chiste de perfil masónico en el hecho de que en la planta baja haya en un extremo un punto de venta de alfajores Havanna y en la otra uno de alfajores Balcarce.

Quizás sea una concesión de Havanna a la competencia, concentrada en el reconocimiento de su rival más leal y más antiguo. Es un gesto perdonavidas que empieza y termina en la planta baja. En la planta alta, a 125 metros del suelo, no hay lugar para dos. El cartel luminoso con la marca (la marca de una de las pocas unanimidades argentinas) es uno solo, y es un cartel pero también es otra cosa. Es un faro que, a diferencia del faro oficial de Punta Mogotes, no se rebaja a una frecuencia de destellos: destella siempre.